

ELLAS Y LAS PABRAS # 1

SAMUEL CASTAÑEDA JAIMES
Correo electrónico: diostoievski@gmail.com

Desde niño Sergio sostuvo una relación estrecha con las mujeres, ellas lo formaron: sus primeros pasos, sus primeras palabras, los dio y las dijo en su compañía. Ellas le enseñaron todas aquellas cosas fundamentales que con el paso del tiempo y de la vida, les damos o les quitamos importancia. De su abuela materna sacó el carácter y la arrogancia suficiente para afrontar la vida. Su madre le heredó un amor y una fe indecible en los seres humanos, fe que como todo en la vida se iba desgastando. De su única tía entendió la soledad y aprendió que ésta a veces consolaba y mostraba caminos.

La adolescencia le enseñó que el amor para algunas mujeres y por extensión los hombres, sólo representaba una buena compañía, oídos dispuestos y uno que otro goce corporal, qué lo demás adolecía de sentido. Y para otras lo era todo.

Sergio creció rodeado de problemas relacionados con el dinero y la falta de afecto aunque fue educado por mujeres, esas mujeres nunca le expresaron su cariño de manera directa. Aprendió que el amor filial era algo extraño, una fuerza que imposibilitaba el desarrollo integral de los individuos. De qué servía estar dispuesto a dar la vida por una persona, si se era incapaz de decirle a esa misma persona que la queríamos y que era importante para nuestras vidas –pensaba-. Siempre quiso cortar aquel vínculo filial que no lo dejaba desarrollarse plenamente y darle rienda suelta a su hedonismo congénito.

El tiempo siguió su inevitable curso y él se volvió un ser ensimismado, apático. Se sumergió en la lectura, poetas,

novelistas y dramaturgos le dejaron su pasión por el lenguaje, aunque entendía que este en ocasiones se quedaba corto en su tarea, es decir en relatar fielmente aquello que los seres humanos sentimos en los momentos cruciales de la vida. Pasión que más tarde lo instó a escribir, lo hacía cuando tenía algo nuevo que transmitirle al papel no le importaba que sus seres cercanos no lo entendieran, siempre tendría una hoja en blanco para decirle a ella lo mucho que significaban ellos. Cuando escribía siempre tenía en su cabeza la sentencia de Voltaire: *Los hombres se sirven de las palabras para ocultar sus pensamientos y de los pensamientos para justificar sus injusticias*. Preguntándose, si al final todo lo que condensaba en sus escritos no era más que una mezcla de mentiras estructuradas para ocultar no sus pensamientos o injusticias, sino su propia vida, su caótico mundo interior. No encontró respuesta.

A los veinte años llegó la universidad. Con ella vinieron las mujeres, sus primeros besos, sus primeras alegrías, sus primeros sufrimientos y al irse, le dejaron una melancolía ósea que nunca lo abandonó. Terminaron de formarlo, le mostraron lo gárrulo de las frases de amor, lo intangible de la pasión, lo difícil del olvido, lo insoportable de la ausencia. Aun así su vida continuó girando en torno a ellas. A temprana edad supo que las mujeres y sólo ellas, podían mantener y despertar la esperanza sin la menor justificación sin el mayor motivo e invitarlo a un mundo, en el que de no ser por ellas hace tiempo hubiese claudicado. Dedicó su vida y su talento a desentrañar el secreto del eterno

femenino. Al chocar contra la mujer de su vida, ésta lo dejó herido de gravedad y ya no tuvo fuerzas para reponerse, todo lo querido había perdido su fundamento. Decidió abandonar por completo su búsqueda, dedicándose a escribir para alivianarse el espíritu, para buscar la salida al laberinto en el que se había convertido su existencia. Fue entonces cuando se le ocurrió que la Mujer era la mayor de las palabras. La idea le alegró, aunque no descubría nada con ella, sabía que con dicha imagen se acercaba un poco a la verdad del eterno femenino.

Los días pasaron con monotonía pasmosa, en el cerebro de Sergio seguía dando vueltas la relación entre las mujeres y las palabras. En una tarde de un noviembre caluroso se acordó de las mujeres que había querido e intentó sintetizarlas en palabras, tomó un papel en sus manos y escribió: Laura o la mujer que piensa en sí. Pilar o la mujer que ríe. Gisela o la mujer que sufre. Paula o la mujer que goza. Diana o la mujer que ansía. Fernanda o la mujer que engaña. Luz o el poder de la mirada. Tembló al darse cuenta del círculo vicioso en el que había caído y de lo irónico que se portaba la vida con él. Se había alejado de las mujeres para terminar pasando sus tardes escribiendo acerca de ellas...

FIN

Citar este texto como: Castañeda, S. (2017). "Cuento: Ellas y las palabras #1". En: Revista La Tercera Orilla (19). Bucaramanga: Universidad Autónoma de Bucaramanga.